

EL PERSONAJE

Elena Gorokhova y el arte de fingir

ELENA SIERRA

Elena Gorokhova ya había escrito sus memorias y las había enviado a un editor mucho antes de asistir a un taller de escritura, hace 15 años, con Frank McCourt. Sí, ese McCourt que en la década de los 90 sorprendió a muchos lectores, y a algunos jurados de premios, con unos recuerdos de infancia en los que el sentido del humor lo era casi todo. La niñez irlandesa (pobre, hambrienta, pecadora, húmeda, tísica) de McCourt, que lleva por título 'Las cenizas de Ángela', sería solo desgracia sin la ironía y sin la ternura que mostraba el autor. Sería más plana, terrible pero plana, sin todos esos otros sentimientos que están presentes en toda vida. Eso le dijeron a Gorokhova como respuesta a su envío: que al texto le faltaba color, profundidad. Ella entendió que le decían que era aburrido. Acudió al taller de McCourt. Vio todo el color, toda la profundidad que podía darle a su historia. Cambió el tono. El resultado es 'Un montón de migajas', que en inglés se publicó en 2010 y en castellano hace poco, en la editorial Gatopardo. Después publicaría una segunda parte, 'Russian Tattoo', que aún no está disponible en nuestro idioma.

El montón de migajas del título del primer volumen es el que la abuela de la autora, doctora en Pedagogía Lingüística nacida en 1955, le pone a su hijo pequeño sobre la mesa al principio del libro. El marco es la época posterior a la Revolución de Octubre. El niño llora de hambre, la madre intenta engañarle haciendo que un pedacito de pan parezca mucho

En 'Un montón de migajas' cuenta su dura vida en el asfixiante Leningrado de la postguerra



De Oriente a Occidente La escritora Elena Gorokhova. LAURA PERLSTEIN

más, pues la caza de las miguitas con el dedo hace que dure horas. Migajas son las que la nieta, hoy escritora, va descubriendo que componen la vida en el Leningrado soviético que le tocó vivir, el de las colas en las puertas de las tiendas de comestibles, el de los apartamentos compartidos por varias familias (no fue el caso de la suya, sin embargo), el de la ropa y los zapatos escasos... El de la liber-

tad escasa, cuando todo lo que no suena a ensalzamiento del régimen suena a traición.

La asfixia ideológica le llega a Gorokhova en lo público y en lo privado. Está en la calle, en la escuela, en la universidad, sí, pero es que encima lo tiene en casa, personalizado por su madre. Esa mujer nacida poco antes de la revolución, criada ya en la URSS, esa profesional de la Medicina, creía en el régimen

a pies juntillas. Parte de su familia había dado la vida por él en la Segunda Guerra Mundial (y uno de sus tíos fue purgado por Stalin, en fin, cosas de la época). La fe en el colectivo está por encima de todo y ella dirige la crianza de sus hijas con mano de hierro. Fuera de ese marco, todo es abismo, todo es caos, y no pueden permitírselo. Para la hija, sin embargo, lo que hay dentro del marco es solo fingi-

miento, 'vranyo': todos fingen que la cosa funciona, que el sistema cumple sus palabras, que las clases no existen, que hay comida en la mesa.

El siglo a pequeña escala

'Un montón de migajas' no es solo la historia de Gorokhova y de su patria, sino de esa madre, que es como decir del siglo XX ruso a pequeña escala. Y es, por tanto, la necesidad de romper con ese vínculo que tiene la escritora con ella. Cuando decide que tiene que irse de la URSS, a los 24 años, lo que está decidiendo es romper con el abrazo de hierro materno. «Quiero marcharme de este país que, de pronto caigo en la cuenta, tanto se parece a mi madre. Ambos, mi madre y mi país, tienen casi la misma edad. Ambos son amantes del orden, autoritarios y protectores. Ambos son prosaicos: ni mi madre ni mi país saben nada de las cosas importantes de la vida, la magia del teatro, el poder del inglés, el amor...»

Así que tras haber conseguido estudiar inglés en la Universidad —el colmo, el idioma capitalista—, Gorokhova se enamora de un norteamericano 'de intercambio' —el colmo de los colmos, para más inri judío— y se casan y se larga de Leningrado. Se va con una maleta, miedo y esperanza. Cambia la ventana cultural a la Europa que construyó Pedro el Grande, y que antes se llamó San Petersburgo, por la capital del petróleo, Texas. Enseñó ruso e inglés. Pronto se divorció y se marchó a Nueva Jersey. Con el tiempo, conseguiría que su soviética madre se trasladara a vivir con ella y su familia americana.

Ahora en elcorreo.com



Tiempo de historias

Nos traslada en el tiempo, en busca de personajes interesantes, anécdotas sorprendentes y viejas crónicas literarias y periodísticas del pasado vasco.

EL CORREO información con valor